

LIBRO DÉCIMO.

LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO.

Envío de colonias á Sora, Alba y Carseolis.—Aumento del colegio de los augures.—Ley de apelación al puebl.—Añádense dos tribus á las anteriores, la Aniense y la Terentina.—Guerra con los samnitas.—Expediciones de los generales P. Decio y Q. Fabio contra los etruscos, umbrios, samnitas y galos.—Grave peligro del ejército romano.—P. Decio se sacrifica por el ejército.—Papirio Cursor derrota á los samnitas.—Censo de los ciudadanos y clausura del lustro.—Laguna que comprende toda la primera guerra púnica.

Siendo cónsules L. Genucio y Ser. Cornelio, habían cesado las guerras exteriores. Enviáronse colonias á Sora y Alba (1). Seis mil colonos se inscribieron para Alba, en el país de los equos. A Sora, que pertenecía al territorio de los volscos, y de la que se habían apoderado los samnitas, enviaron cuatro mil colonos. En el mismo año recibieron el derecho de ciudadanía los ar-

(1) Sora era ya colonia romana; pero los antiguos habitantes habían matado á los colonos. El Alba de que aqui se trata es Alba Fucencia, situada al norte del lago Fusino, atribuida ordinariamente á los marsos y no á sus vecinos los equos.

pinatos y tribulanos (1). Convictos los frusinatos (2) de haber tratado de sublevar á los hérnicos, fueron condenados á perder la tercera parte de su territorio: los cónsules hicieron una investigación en virtud de un senatus-consulta, y los jefes de esta conjuración fueron azotados con varas y decapitados. Mas para que no pasase sin guerra este año, tuvo lugar una expedición poco importante á la Umbria, por la noticia de que bandidos armados, desde el fondo de una caverna hacían excursiones por los campos. Penetróse en aquella caverna con las enseñas al frente, y por causa de la obscuridad resultaron heridos muchos soldados, especialmente de pedradas. Al fin, cuando se descubrió la otra salida de la caverna (porque tenía dos), amontonaron leña en las dos bocas y la prendieron fuego. Cerca de dos mil hombres que estaban encerrados allí, quedaron ahogados por el humo y el calor, ó perecieron en las llamas, en las que se precipitaron buscando la fuga. Bajo los cónsules Marco Livio Dentor y Emilio, volvió á comenzar la guerra con los equos, quienes no pudiendo resignarse á ver una colonia establecida sobre sus fronteras como fortaleza amenazadora, acudieron á atacarla con extraordinaria energía, siendo rechazados por los mismos colonos. Por lo demás, era tan poco creíble que, debilitados como estaban los equos, se moviesen espontáneamente á la guerra, que produjeron profundo terror en Roma y á causa de aquella conmoción se nombró dictador á C. Junio Bubulco, quien se puso en campaña con Titinio, jefe de los caballeros, sometió á los equos desde el primer encuentro, entró triunfalmente en Roma al cabo de ocho días, é hizo, co-

(1) Los arpinatos no recibieron el derecho de sufragio. Había muchas Trébula; créese que se trata aquí de Trébula Mutusca, el país de los sabinos.

(2) Frusino, en el país de los volsco.

mo dictador, la dedicación del templo de la diosa Salud, que votó siendo cónsul y comenzó siendo censor.

Aquel mismo año una flota griega, mandada por el lacedemonio Cleonimo (1), abordó á las costas de Italia, apoderándose de la ciudad de Thurias, en el territorio de los salentinos. El cónsul Emilio, enviado contra estos enemigos, les dió batalla y les rechazó á sus naves. Devolvióse Thurias á sus antiguos poseedores, y quedó asegurada la paz en el país salentino. En algunos anales encuentro que fué el dictador Junio Bubulco quien marchó á socorrer á los salentinos, y que Cleonimo, previendo le llegada de los romanos, abandonó la Italia, dobló el cabo de Brindis y le arrastraron los vientos al medio del mar Adriático. Entonces, temiendo por la izquierda la costa sin puertos de Italia, y por la derecha los ilirios, los liburnios y los istriios, pueblos rudos, famosos sobre todo por sus depredaciones marítimas, penetró hasta el fondo del golfo, hacia la costa de los venetos. Haciendo desembarcar allí algunos de los suyos para reconocer el terreno, supo que la costa era una estrecha lengua de tierra; que cruzándola, se encontraban al otro lado lagunas bañadas por el agua del mar; que á corta distancia se veía la tierra, que presentaba primeramente una llanura continua y después colinas; que á continuación se encontraba la desembocadura de su río más profundo (este era el Meduaco) (2), en el que vieron entrar naves como en segura rada. Mandó Cleonimo dirigir la flota hacia aquel lado y remontar el río, cuyo lecho no era bastante profundo

(1) Este Cleonimo, hijo del rey Cleomenes, había sido enviado para socorrer á los tarentinos contra los lucanos y los romanos.

(2) Existen dos ríos de este nombre que vienen de los Alpes de Trento al territorio de los venetos. El *Meduacus major*, hoy Brenta, y el *Meduacus minor*, hoy Bachiglione.

para las naves mayores, por lo que se hizo pasar á las pequeñas multitud de soldados, que llegaron á campiñas muy pobladas, donde los paduanos tenían tres caseríos cercanos á la costa. Desembarcando allí y dejando muy pocos para la custodia de las naves, apoderáronse los griegos de los caseríos, los incendiaron, arrebataron muchos hombres y ganados, y arrastrados por el cebo del pillaje se alejan cada vez más de sus naves. Al enterarse de esto los habitantes de Padua, á quienes la vecindad de los galos tenía constantemente armados, dividen en dos cuerpos sus jóvenes guerreros; diríjese uno hacia el lado donde habían visto al enemigo disperso por el pillaje; el otro, temiendo encontrar en el camino alguna tropa de aquellos bandidos, tomó otra ruta y se dirigió al punto donde habían dejado las naves (distaba catorce millas de la ciudad). Mataron á los que las guardaban y se precipitaron sobre las embarcaciones pequeñas: asustados los marineros tienen que navegar hacia la otra orilla del río. Con igual éxito habían combatido en tierra contra los merodeadores. Dispersos por los campos, cuando los griegos quisieron volver á sus naves, encuentran á los venetos que se oponen á su paso, siendo envueltos por todas partes y destrozados. Por los prisioneros supieron que á tres millas de allí se encontraba la flota y el rey Cleonimo; y dejando en seguida los prisioneros custodiados en el caserío más inmediato, los habitantes de Padua, embarcándose unos en naves fluviales, muy á propósito por tener el fondo plano para atravesar las lagunas, y otros en los barcos pequeños de que se habían apoderado, se dirigen á la flota y rodean las naves, que permanecían inmóviles, temiendo, más que al enemigo, aquellos parajes que no conocían. Más apresurados en ganar la mar que en resistir, aquellas naves son perseguidas hasta la desembocadura del río, regresando los

vencedores después de haber tomado é incendiado algunas, que por la precipitación encallaron en los bajos. Cleonimo se retiró llevando apenas la quinta parte de su flota y no habiendo experimentado más que reverses en toda la parte del litoral del mar Adriático, donde había intentado desembarcar. Los espolones de las naves y los despojos arrebatados al enemigo permanecieron por mucho tiempo en un antiguo templo de Juno, donde los han visto muchos que viven todavía. En Padua se celebra anualmente el aniversario de este combate naval con un certamen solemne de barcas en el río que cruza la ciudad.

En este mismo año se ajustó en Roma un tratado con los vestinos, á petición de éstos. Decíase que iba á sublevarse la Etruria, habiendo comenzado el movimiento por turbulencias de los arretinos, que habían tomado las armas para arrojar á los Cilnios, familia muy poderosa, cuyas grandes riquezas eran objeto de envidia. Decíase también que, decididos los marsos á resistir, defendían el territorio de Carseolis (1), adonde se había enviado una colonia de cuatro mil hombres. Estos movimientos fueron causa de que se nombrase dictador á M. Valerio Máximo, quien tomó como jefe de los caballeros á M. Emilio Paulo, y no, como con menos probabilidad se ha dicho, á Q. Fabio, quien por su edad y después de haber obtenido los honores más grandes, no podía pasar á las órdenes de Valerio. En último caso, no creo imposible que el error proceda del epíteto de Máximo. Habiéndose puesto en camino el dictador al frente de un ejército, le bastó un combate para dispersar á los marsos; después, obligándoles á encerrarse en sus plazas, les tomó en pocos días Milonia, Plestina y Fresilia. Contentóse con imponerles por castigo la pér-

(1) En el país de los équos, cerca de las fronteras marsas.

dida de parte de sus tierras y les devolvió la alianza romana. Entonces llevaron la guerra á los etruscos. Durante la ausencia del dictador, que volvió á Roma para consultar de nuevo los auspicios, el jefe de los caballeros salió para forrajear y cayó en una emboscada, viéndose envuelto por todos lados. Perdió algunas enseñas, y después de terrible derrota y matanza de sus soldados, fué rechazado hasta su campamento. Esta derrota no puede atribuirse á Fabio, no solamente á causa de sus talentos militares, que le valieron muy especialmente su glorioso epíteto, sino porque, recordando la severidad de Papirio, jamás hubiese combatido sin las órdenes del dictador.

Estos reveses, exagerados en Roma, produjeron consternación, y como si hubiese quedado destruído el ejército, se proclamó la vacación de negocios (*justitium*); colocáronse guardias en las puertas, destacamentos recorrieron los diferentes barrios y se llevaron á las murallas armas de todas clases. Alistaron á cuantos se encontraban en edad de manejar las armas, y el dictador partió para el ejército, encontrándolo allí todo más tranquilo de lo que esperaba, restablecido el orden por los cuidados del jefe de los caballeros, las cohortes que habían perdido las enseñas dejadas sin tiendas fuera de las empalizadas, y los soldados impacientes por combatir para borrar la vergüenza de la derrota. Avanzó y fué á acampar al territorio de Rusela (1), adonde le siguieron los enemigos. Sus primeros triunfos les habían inspirado mayor confianza hasta para una batalla en campo raso; sin embargo, habiendo ensayado con fortuna la astucia, quisieron recurrir á ella otra vez. A corta distancia del campamento de los romanos se encontraban las ruinas de un caserío incendiado en la

(1) Adonde más adelante se envió una colonia romana.

devastación del país. En estas ruinas se ocultó un cuerpo de tropas, y se hizo marchar á algunos rebaños á la vista de un destacamento romano mandado por el legado Cn. Fulvio. No dejándose engañar ningún romano ni separándose de su puesto, un pastor avanzó hasta el pie mismo de la empalizada y grita á los otros que vacilaban en apoderarse de los matorrales con los rebaños: «¿Qué teméis? Podéis atravesar con seguridad el campamento romano.» Explicando estas palabras al legado algunos cerites, y habiendo excitado profunda indignación en los manipulos, aunque nadie se atrevía á moverse no habiendo recibido orden, el legado mandó á los que sabían la lengua de los enemigos que observasen si el lenguaje de aquellos pastores no era más bien el de la ciudad que el de los campos. Estos le dijeron que, efectivamente, el acento, la apostura y ademanes no revelaban sencillos pastores. Entonces mandó decirles que era trabajo inútil ocultar sus emboscadas; que el romano lo sabe todo, y que en adelante no es más posible sorprenderle por astucia que vencerle con las armas. Apenas se oyeron y repitieron estas palabras á los que estaban emboscados, cuando saliendo bruscamente de las ruinas, se desplegaron en campo raso. El legado no consideró bastante fuerte su destacamento para resistir á tantas tropas, y envió en seguida á pedir refuerzos al dictador, resistiendo entretanto al enemigo.

Al recibir la noticia, el dictador manda levantar las enseñas, prepararse al combate y ponerse en marcha; pero, en cierto modo, se habían adelantado á sus órdenes. Acto continuo se levantan las enseñas y corren á las armas; apenas podían contener los soldados el ardor que les dominaba, animados como estaban por la cólera de su reciente derrota y por los gritos de sus compañeros, más penetrantes á medida que se hacía

más enérgico el combate. Hostigábase, pues, unos á otros, y exhortan á los signíferos para que aceleren el paso. Cuanto más apresurados los ve el dictador, más contiene su marcha, prohibiéndolos acelerarla. Los etruscos, por el contrario, habiendo salido al principio del combate, tenían empleadas todas sus fuerzas. El dictador recibe mensajero tras mensajero para decirle que todas las legiones de los etruscos han tomado parte en la batalla, y que los suyos no pueden resistir más tiempo; él mismo ve desde una altura el inminente peligro en que se encuentra el destacamento; pero persuadido de que su legado puede resistir aún, y viéndose al alcance de sacarle del peligro si es necesario, quiere que el enemigo se fatigue todo lo posible para que sus soldados, descansados, encuentren un enemigo extenuado. A pesar de la lentitud de la marcha, no quedaba ya más que el espacio que necesita la caballería para un ataque impetuoso. Habían formado las primeras líneas de legiones de manera que quitasen al enemigo el temor de toda emboscada ó de cualquier ataque repentino, pero dejando entre las filas de peones espacio suficiente para el paso de la caballería. En el momento mismo en que el ejército lanzó el grito de combate, los jinetes parten á toda brida, caen sobre el enemigo como un huracán, y este inesperado ataque difundió repentinamente el terror; de suerte que si en poco estuvo llegase demasiado tarde el socorro á los romanos, ya casi envueltos, pudieron entonces respirar libremente. Las tropas descansadas continuaron el combate, que no fué largo ni dudoso. Fatigados los enemigos, regresaron á su campamento; y viendo á los romanos dispuestos á atacarlo, retroceden y se amontonan en el extremo opuesto. Demasiado estrecha la puerta para la multitud que se precipita por ella, detienen la huida; gran parte de ellos suben á los parapetos, esperando defenderse

gracias á una posición alta ó encontrar algún paso y escapar. Casualmente el borde del foso, poco firme en un punto, se derrumba al foso mismo bajo los pies de los que se mantenían encima. Entonces exclaman que los dioses les abren aquel camino para huir; la mayor parte arrojan las armas y escapan por aquella salida. Este combate descargó el segundo golpe al poder de los etruscos. El dictador, después de exigirles un año de sueldo para su ejército y víveres para dos meses, les permitió enviar legados á Roma para tratar de la paz; negóseles, y solamente se les concedió tregua por dos años. El dictador entró en Roma con los honores del triunfo. Tengo entre manos autores que aseguran no fué necesario librar ninguna batalla para pacificar la Etruria, y que las hazañas del dictador se limitaron á calmar las sediciones de los arretinos y á reconciliar con el pueblo la familia de los Cilnios. M. Valerio fué nombrado cónsul al dejar la dictadura. Han creído algunos historiadores que obtuvo este honor sin solicitarlo, hasta en ausencia suya, y que un inter-rey celebró los comicios. El único punto en que están de acuerdo es en que desempeñó el consulado con Apuleyo Pansa.

Siendo cónsules M. Valerio y Q. Apuleyo, todo se mantuvo bastante tranquilo en el exterior. El etrusco, abatido por sus derrotas y contenido por la tregua, no se movía; el samnita, domado por larga serie de desastres, no pensaba todavía en romper una alianza reciente. En Roma también permanecía tranquilo el pueblo, aliviado por la marcha de multitud de ciudadanos á las colonias. Sin embargo, para que la paz no reinase en todas partes á la vez, arrojaron tea de discordia entre los principales de la ciudad, patricios y plebeyos, los tribunos del pueblo Q. y Cn. Ogulnio. Estos, después de buscar mil pretextos para acusar á los patricios

ante el pueblo, imaginaron, tras muchas tentativas inútiles, un proyecto de ley á propósito para excitar, no al pópulacho, sino á los principales del pueblo y á los consulares y triunfadores plebeyos, á cuyos honores solamente faltaban los sacerdocios, que todavía no eran accesibles á todos. Como entonces no había más que cuatro augures y cuatro pontífices y debía aumentarse el número de sacerdotes, pidieron que los cuatro pontífices y cinco augures que se querían aumentar fuesen nombrados de los plebeyos. Que el número de augures estuviere reducido á cuatro, no veo medio de explicarlo sino por la muerte de dos de ellos; porque es regla invariable de los augures que su número sea siempre impar, para que las tres tribus antiguas Ramnenses, Titinios y Lucerios, tenga cada una el suyo; de manera que si era necesario un aumento, era indispensable seguir el mismo procedimiento en el número, como se practicó en esta ocasión, cuando se añadieron cinco augures á los cuatro antiguos, para completar el número de nueve, á fin de que hubiese tres por cada tribu. Por lo demás, este aumento de sacerdotes, tomados todos del pueblo, no ofendía á los patricios más de lo que les ofendió el repartimiento del consulado entre los dos órdenes; pero tomaban por pretexto «que esta innovación se refería á los dioses más que á los hombres; que los dioses impedirían la profanación de su culto; que en cuanto á ellos, se limitaban á desear que no sobreviniese ningún daño á la república.» Estando acostumbrados á verse vencidos en este género de combates, no fué muy obstinada la resistencia; porque contemplaban á sus adversarios, no deseando ya las supremas dignidades en que antes ni siquiera se atrevían á pensar, sino en plena posesión de los títulos que habían disputado con inciertas esperanzas y contando ya con numerosos consulados, censuras y triunfos.

Sin embargo, en el momento de discutir la ley, hubo debates animados entre Ap. Claudio y P. Decio Mus. Después que adujeron acerca de los derechos de los patricios y los plebeyos casi las mismas razones que se alegaron en otro tiempo en contra de la ley Licinia, en la época en que se pedía el consulado para los plebeyos, Decio, según se refiere, presentó ante la imaginación de los presentes el cuadro de su padre tal como le vieron muchos de los que asistían en la asamblea, ceñido como los gabinos, los pies sobre la pica, en la actitud en que se sacrificó por el pueblo romano y las legiones. «Entonces, exclamó, ¿no pareció á los dioses el cónsul P. Decio víctima tan pura y santa como lo hubiese sido su colega? ¿Se hubiese creído que aquel mismo no podía, sin profanación, ser elegido ministro de los sacrificios del pueblo romano? Y en cuanto á él, ¿puede temerse que los dioses sean menos favorables á sus súplicas que á las de Ap. Claudio? ¿Hace Apio con más casto corazón los sacrificios domésticos y se muestra más religioso adorador de los dioses? ¿Tenían que arrepentirse de los votos hechos en favor de la república por tantos cónsules plebeyos, por tantos dictadores, sea en el momento de partir para los ejércitos, sea durante las guerras? Contar los generales de cada ejército desde la época en que comenzaron los plebeyos á mandar en jefe y á dar los auspicios, equivaldría á contar otros tantos triunfos. En adelante los plebeyos no podían hacer otra cosa que felicitarse de sus nobles. Tenía por cierto que si estallaba alguna guerra inesperada, la esperanza del Senado y del pueblo romano no descansaría con menos confianza en los jefes nobles que en los plebeyos. Puesto que tanto en la guerra como en la paz han competido los jefes plebeyos con los nobles en hechos gloriosos, ¿qué dios ó qué hombre podrá extrañar que los varones á quienes habéis honrado con la

silla curul, la pretexta y la túnica palmeada (1), la toga bordada, el laurel de la corona triunfal, cuyas casas, que brillan entre todas, decoradas por vuestras propias manos con los despojos enemigos, que tales varones añadan á tantos títulos las insignias de pontífices y augures? Quien, ostentando los mismos ornamentos que Júpiter Optimo Máximo, haya subido al Capitolio después de atravesar la ciudad en dorado carro, ¿podrá causar extrañeza si se le vé con el *capis* (2) ó el *lituus* (3), ó con la cabeza cubierta, inmolando una víctima y consultando los augurios en lo alto de la fortaleza? ¿Leeráse sin asombro al pie de la imagen de un ciudadano la inscripción de su consulado, de su censura y de su triunfo, y si se añade que fué augur ó pontífice, no podrá soportarlo la vista del lector? A la verdad (y que los dioses me perdonen lo que digo), me lisonjeo de que en el punto en que nos han colocado los beneficios del pueblo romano, podemos dar al sacerdocio, desempeñándolo dignamente, el brillo que redundará sobre nosotros, antes por interés de los dioses que por el nuestro, al ver encargados de honrar en las solemnidades públicas á aquellos mismos á quienes rendimos culto privadamente.

»Pero ¿qué estoy diciendo, como si hubiese de decirse todavía acerca de las pretensiones de los patricios, y no estuviésemos ya en posesión de uno de los sacerdocios más augustos? Entre los decenviros ministros de la religión, intérpretes de los versos de la Sibila y de los destinos de este pueblo, presidiendo el sacrificio de Apolo (4) y otras ceremonias, vemos plebeyos.

(1) Traje conocido de los triunfadores, á los que pertenecian también la corona de laurel y el carro dorado.

(2) Taza de dos asas que usaban en los sacrificios.

(3) El cayado de los augures.

(4) Ignórase de qué sacrificio al dios Apolo habla Tito Livio.

No se hace injusticia alguna á los patricios aumentando el número de estos ministros, que hasta el presente se han fijado en dos en favor de los plebeyos; y si hoy un tribuno enérgico y valeroso añade para el pueblo cinco plazas de augures y cuatro pontífices, no es para desposeeros, Apio, sino para que los plebeyos os ayuden en la administración de las cosas divinas, como os ayudan con todo su poder en la administración de las humanas. No te avergüence, Apio, tener por colega en el pontificado al que hubieses podido tener por compañero en el consulado y en la censura; aquel de quien puedes ser jefe de los caballeros si es nombrado dictador, como puede serlo tuyo si se te eleva á esa magistratura suprema. Aquel sabino, aquel extranjero, tronco de vuestra nobleza, á quien llamáis Ato Clauso ó Apio Claudio, recibido fué en sus filas por los patricios antiguos: no desdeñes tú admitirnos en el número de los sacerdotes. Ostentamos muchos títulos; no diré más, pero sí los mismos que os han hecho tan soberbio. L. Sextio fué el primer cónsul plebeyo, C. Licinio Stolo el primer jefe de los caballeros, C. Marcio Rutilo el primer dictador, el primer censor; Q. Publilio Filo el primer pretor. Siempre os hemos oído igual lenguaje: que á vosotros solos corresponden los auspicios; que vosotros solos habéis recibido de los antepasados títulos legítimos para mandar bajo vuestros propios auspicios en la paz y en la guerra. Sin embargo, hasta ahora, el plebeyo no ha mandado con menos éxito que el patricio, y siempre sucederá lo mismo. ¿No habéis oído nunca decir que los primeros patricios no bajaron del cielo, sino que se reconoció como tales á los que pudieron citar sus padres, es decir, hombres nacidos de padres libres y nada más? En cuanto á mí, puedo citar ya por padre á un cónsul, y mi hijo podrá muy pronto citarle como abuelo. En el fondo, ¡oh romanos! todo se reduce

á que, para conseguir, soportamos siempre una negativa. Los patricios solamente desean oponerse, sin atender al resultado de su oposición. Por mi parte solamente deseo que para honra y felicidad del pueblo y de la república, esta ley, en conformidad con la petición que se os hace, reciba vuestra aprobación.»

Quería el pueblo que se convocasen inmediatamente las tribus, y parecía cierto que se adoptaría la ley; pero la oposición de algunos tribunos impidió que se hiciese nada aquel día. Al siguiente no quisieron persistir los que se oponían, y se aprobó la ley por gran mayoría. Crearon pontífices á P. Decio Mus, que había defendido la ley; á P. Sempronio Sofo, C. Marcio Rutilo y M. Livio Denter. Los cinco augures, nombrados también del pueblo, fueron C. Genucio, P. Elio Peto, M. Minucio Teso, C. Marcio y T. Publilio. Así, pues, el número de los pontífices se elevó á ocho, y á nueve el de los augures. En el mismo año, el cónsul M. Valerio presentó en favor de la apelación al pueblo una ley nueva, redactada con más cuidado que las anteriores (1); era la tercera vez, después de la expulsión de los reyes, que se presentaba una ley semejante, y siempre por individuos de la misma familia. No puedo explicar esta frecuente renovación de la misma ley, sino es suponiendo que la influencia de algunos grandes conseguía siempre triunfar de la libertad del pueblo. Sin embargo, parece que la ley Porcia (2) fué la única que garantizó la inviolabilidad

(1) Indica con esto que la nueva ley se redactó con más cuidado que las anteriores relativas al mismo asunto. La primera la presentó Valerio Publicola y la segunda Valerio Potito.

(2) Tito Livio cita esta ley para hacer ver la diferencia de criterio que, en dos épocas diferentes, había inspirado dos leyes sobre el mismo asunto. La ley Porcia permitía á los condenados desterrarse, en vez de soportar el suplicio. En el año 556 la sostuvo M. Porcio Cato Censorio, pero se cree que la propuso el tribuno del pueblo P. Porcio Lúa.

del ciudadano, porque contenía disposiciones severas contra el que azotase ó diese muerte á un romano. La ley Valeria prohibía azotar ó decapitar al que hubiese apelado al pueblo, sin añadir más que cometería mala acción el que contraviniese á la ley. La honradez de aquella época hizo, á lo que creo, que se considerase esto suficiente para asegurar el cumplimiento de la ley. Hoy apenas osarían hacer formalmente estas amenazas. El mismo cónsul hizo á los equos una guerra que en manera alguna merece la atención de la historia, no habiendo conservado aquel pueblo de su antigua fortuna más que su carácter levantisco. Apuleyo, el otro cónsul, puso sitio á la ciudad de Nequino en la Umbria; el paraje era escarpado y cortado á pico por el lado en que actualmente se encuentra Narnia, y no era posible tomar la plaza á viva fuerza ni por trabajos de fortificación. Así fué que lo dejó todo por nombrar á los nuevos cónsules M. Fulvio Petino y T. Manlio Torcuato. Según el relato de Macer Licinio y de Tuberón, Fabio, á quien todas las centurias querían nombrar cónsul aquel año, sin que lo hubiese pedido, persuadió á la asamblea á que dejase su consulado para un año en que se temiesen guerras más serias; que en el presente serviría mejor á la república en una magistratura civil. Así, pues, no ocultando lo que prefería, aunque sin solicitar nada, fué nombrado edil curul con Papirio Cursor. Lejos estoy de considerar ciertos estos hechos, porque Pisón, analista más antiguo, refiere que este año fueron ediles curules C. Domicio Calvino, hijo de Cneo y Sp. Carvilio Máximo, hijo de Quinto. Supongo que el epíteto de Máximo ha sido causa del error con relación á los ediles y que después se inventaría esta fábula complicada con elecciones edilicias y consulares. En este año también tuvo lugar la clausura del lustro por los censores P. Sempronio Sofo y P. Sulpicio Saverrio;



añadiéndose á las anteriores dos tribus, la Anienense y la Terentina. Esto fué lo que ocurrió en Roma. ON ERISQ  
 Entretanto prolongábase el sitio de Nequino, cuando dos vecinos de la ciudad, cuyas casas estaban contiguas á la muralla, habiendo abierto un subterráneo, llegaron por éste camino secreto á los primeros puestos de los romanos: llevados desde allí al cónsul, se comprometieron á introducir alguna fuerza armada en la ciudad. No se despreció aquel ofrecimiento, aunque se creyó prudente no confiar con excesiva ligereza, envióse con uno de ellos (el otro quedó en rehenes) dos romanos encargados de examinarlo todo cuidadosamente. Por el tranquilizador relato que hicieron, trescientos soldados armados, bajo la dirección del desertor, penetraron en la plaza, y se apoderaron durante la noche de la puerta más cercana; y cuando la rompieron, el cónsul y el ejército entraron sin combatir en la ciudad. De esta manera cayó Nequino en poder del pueblo romano. Para contener á los umbrios, mandóse allí una colonia que se llamó Narnia (1) á causa del río que pasa por allí. El ejército regresó á Roma con botín considerable. Aquel mismo año los etruscos despreciando la tregua, se disponían para la guerra; pero mientras hacían los preparativos, invadió su territorio un ejército de galos, y les separó por algún tiempo de su proyecto. Después, contando con sus riquezas, que les hacían poderosos, procuran ganar á los galos y hacerlos aliados suyos con objeto de ayudarse con aquel ejército en su guerra contra Roma. No rechazaron los bárbaros la alianza y trataron del precio. Entregóse la cantidad, y estando ya dispuesto todo para la guerra, el etrusco manda á los galos que le sigan; niegan éstos que se hayan comprometido á hacer la guerra á los romanos,

(1) Hoy Narni. ISQ OTUMASATHOMAI XIRISQ OLOMBANAM

pretendiendo haber recibido el dinero que se les ha dado para no devastar los campos de la Etruria y no inquietar á los habitantes. «Sin embargo, si los etruscos lo exigen, tomarán parte en la guerra, pero bajo la condición expresa de que les cederán una parte del territorio y que al fin se establecerán sólidamente.» Con este motivo se celebraron frecuentes reuniones en los pueblos de la Etruria; pero nada pudo ultimarse, menos á causa del sacrificio de parte del territorio, que por la repugnancia que todos experimentaban á recibir en su proximidad hombres de tan tosco carácter. De esta manera fueron despedidos los galos, cargados de riquezas que no les habían costado trabajo ni peligro. Experimentáronse en Roma grandes alarmas cuando se oyó decir que se unía á la guerra con la Etruria una invasión de los galos, por lo que se apresuraron á concluir alianza con el pueblo picentino.

Los asuntos de Etruria tocaron en suerte al cónsul T. Manlio; quien apenas entrado en territorio enemigo, en una maniobra de caballería, su caballo, que revolvió con extraordinaria rapidez, le arrojó con tal violencia, que estuvo á punto de expirar en el acto: murió tres días después por consecuencia de la caída. Esto fué á los ojos de los etruscos buen agüero para la guerra; y repetían que los dioses, declarados en su favor, habían descargado el primer golpe, entregándose á brillantes esperanzas. La noticia entristeció en Roma á los ciudadanos, porque se deploraba al cónsul y se deducían funestos presagios de aquella desgracia. El resultado de los comicios, conforme con el deseo de los ciudadanos principales, pudo solamente impedir que los senadores mandasen nombrar dictador. Todas las centurias por unanimidad de votos nombraron cónsul á M. Valerio, á quien el Senado hubiese pedido por dictador, mandándole partir inmediatamente para la Etruria. Su

llegada comprimió á los etruscos, hasta el punto de no atreverse á salir de sus parapetos, mostrándose abatidos como sitiados. El nuevo cónsul no pudo atraerlos al combate ni por la devastación de los campos, ni por el incendio de sus casas, aunque por todos lados, no solamente las moradas aisladas, sino los caseríos más poblados, solamente presentaban á sus ojos humeantes ruinas. Mientras se hacía esta guerra con más lentitud que era de esperar, sobrevino otra, que por los sangrientos reveses que sucesivamente habían experimentado los dos partidos, debía inspirar profundos cuidados. Los picentinos, nuevos aliados de Roma, vinieron á decir que «los samnitas se preparaban para la rebelión y la guerra, y que les habían solicitado.» Decretóse se diesen públicas gracias á los picentinos, y casi toda la atención del Senado pasó de la Etruria á los samnitas. También produjo inquietud en Roma la carestía de víveres, y se hubiesen visto reducidos á la escasez más espantosa, si como han escrito los que pretenden que Fabio Máximo fué edil aquel año, la actividad que aquel varón eminente había desplegado con tanta frecuencia en sus operaciones militares, no la hubiese aplicado á su administración, tanto en el reparto de subsistencias, como en la compra y transporte de trigo. En este año, aunque no se dice la razón, hubo un interregno; siendo inter-reyes Ap. Claudio y después P. Sulpicio. Este celebró los comicios consulares, creando cónsules á L. Cornelio Escipión y Cn. Fulvio. Al principio de este año presentáronse á los nuevos cónsules legados de la Lucania quejándose de los samnitas, que disgustados porque no habían podido arrastrarles con sus ofrecimientos á sus proyectos de guerra, habían entrado armados en su territorio para devastarlo y obligarles á la guerra por la guerra. El pueblo lucano había errado mucho en el pasado; pero ahora estaba

irrevocablemente decidido á soportarlo todo, antes que faltar al nombre romano. Rogaban, pues, al Senado tomase al pueblo lucano bajo su protección y le defendiese contra las violentas agresiones de los samnitas. Aunque al declararse en contra de éstos, se habían puesto en la necesidad de ser en adelante fieles á Roma, estaban, sin embargo, dispuestos á entregar rehenes.

Breve fué la discusión del Senado; opinando todos sin excepción que era necesario hacer alianza con los lucanos y pedir satisfacción á los samnitas. Mostróse mucha benevolencia á los lucanos y se celebró un tratado con ellos. Enviáronse faciales para que intimasen á los samnitas la evacuación del territorio de los aliados y sacasen su ejército de los confines de la Lucania; enviados samnitas les salieron al encuentro, manifestándoles que «si se presentaban en una asamblea del Samnio, no saldrían incólumes.» Cuando se supo en Roma lo ocurrido, el Senado decretó y el pueblo ordenó la guerra contra los samnitas. Los cónsules se repartieron las provincias, tocando á Escipión la Etruria y el Samnio á Fulvio, partiendo cada uno para su guerra. Esperaba Escipión una guerra lenta, una campaña parecida á la del año anterior, pero el enemigo vino á Volterra á presentarle batalla. Combatióse durante la mayor parte del día, con grandes estragos por ambas partes, permaneciendo indecisa la victoria cuando sobrevino la noche. La luz de la mañana hizo ver quién era el vencedor y quién el vencido; los etruscos habían abandonado el campo durante el silencio de la noche. El romano, que había salido en batalla, viéndose en posesión de la victoria por la retirada de los enemigos, avanza hasta su campamento, que encuentra abandonado, se apodera de él y recoge inmenso botín, porque aquel campamento estaba organizado para larga estancia y lo habían abandonado con suma precipitación. Habien-